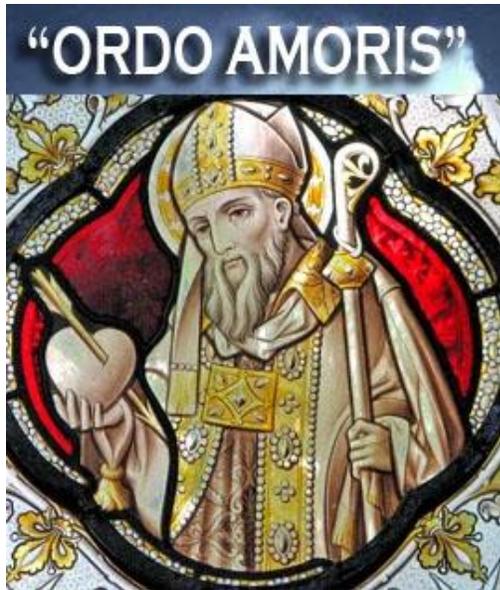


## LA CARIDAD EXPERIENCIAL DEL “ORDO AMORIS” AGUSTINIANO



### Introducción

Nos preocupa ver cuáles son los medios más adecuados para mantenernos en el seguimiento de Cristo. Consideramos que el mejor sistema ascético es el “Ordo amoris” agustiniano, ordenado por la caridad. Si tenemos la caridad, lo tenemos todo. Inspirados en San Agustín, nos planteamos la ascética como la posesión de la caridad, de tal manera que, poseyendo la caridad, lo tenemos todo. Partimos de la conversión como un proceso amoroso, en el que se da una intranquilidad insatisfecha, que no se sacia con nada, hasta que se tiene un encuentro experiencial con Dios, un descubrimiento del Dios Amor, y una correspondencia amorosa por parte nuestra, que

lleva a poner los medios adecuados para dinamizar y aumentar la respuesta amorosa. El medio más adecuado es la caridad que ordena los amores –“Ordo amoris”- para conseguir la virtud. Poseyendo la caridad, tendremos todos los demás medios ascéticos. La dinámica que atraviesa todo el proceso y que clarifica la motivación para mantenerse en el proceso y quitar la “cupíditas” desordenada -los vicios-, para practicar la virtud ordenando los amores, es la caridad. Ordena los amores y ponen en orden los desordenados, los vicios. De tal manera que el mejor medio ascético activador de la vida cristiana y que orienta las actitudes de la persona positivamente en pos de los valores, será la caridad que practica el “ordo amoris”, mejor que cualquier otro ejercicio de las vías clásicas purgativa, iluminativa, unitiva. El orden de los amores desde la práctica de la caridad experiencial que toca la raíz y todos los aspectos del ser humano, para ejercitarlos en lo individual, comunitario y social, será el más completo sistema de la ascética cristiana.

En este artículo nos interesa la ascética del “Ordo amoris”. Consideraremos en una primera parte el acceso a Dios; después, el encuentro con Él y la respuesta amorosa; el tercer apartado será sobre la organización virtuosa de los amores a través de la caridad. Dada la mentalidad postsecular y de postmodernidad o mejor quizá de hipermodernidad, o modernidad líquida, inclusive se habla de posthumanismo y de transhumanismo, de postverdad; y para los jóvenes se habla de generación “selfie”, millennial, nativos digitales, tecno-líquidos y gaseosos, nos interesa seguir caminos que orienten la manera de manejarse dentro de esta mentalidad, con la liberación de lo negativo y aprovechando los aspectos positivos que aparecen en la nueva cultura (Rajano, 2014, 23-50). Se ha dicho que en las crisis siempre se ha recurrido a san Agustín para encontrar pistas que nos lleven al camino correcto. Esa orientación es la que intentamos, poniendo a la caridad como ascética de organización de los amores en la vida experiencial cristiana, impregnada y motivada por el amor.

## **I. Acceso a Dios**

### **1. Equilibrio humano**

Está claro que, si al hombre le define el amor –“Mi amor es mi peso y voy donde él me lleva”(Conf. 13,9,10)-, hay que ordenar los amores, para que respondan a ese don interior que mueve al ser humano hacia lo alto, porque el «Orden de los amores», según san Agustín, es imprescindible para el equilibrio humano: «Nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti» (Conf. I,1,1; Nino,2016, 8-9) Hay una intranquilidad, activada por el amor, en la raíz de la persona que la va depositando en una u otra parte, pero no se sacia con nada hasta que no encuentre a quien tenga la plenitud, el sentido total, la verdad y la felicidad que le pueda dar, y ese es Dios Amor: «¡Ay Verdad, Verdad! ¡Cuán íntimamente suspiraba entonces por ti en las fibras más íntimas de mi corazón, ... ¡Todo por buscarte no con la inteligencia — con la que quisiste que yo aventajase a los brutos—, sino con los sentidos de la carne, porque tú estabas dentro de mí, más interior que lo más íntimo mío y más elevado que lo más alto mío» (Conf. III, 10-11)! La estabilidad del ser humano no se logra quedándose en uno mismo. La intranquilidad provocada por el deseo profundo, por el amor, no se sacia depositándose encerrado en sí mismo o dejándolo entretenido en su entorno, sino trascendiéndose y abriéndose a Dios. Esa apertura está caracterizada por la toma de conciencia de la relación con Dios y de la respuesta plena pensada, amada, decidida, comprometida, vivida por uno mismo, pero, a la vez, en relación e insertada en la comunidad humana y eclesial. La reacción de la persona está en la entrega amorosa y total al Dios que la ha provocado, con su continua llamada: «Porque si no me mantengo en Él, tampoco podré mantenerme en mí» (Conf. VII, 11,17).

### **2. Del hombre a Dios**

La cuestión del hombre nos lleva a la cuestión de Dios: «Nada sería yo, Dios mío, nada sería yo en absoluto si tú no estuvieses en mí; pero, ¿No sería mejor decir que yo no sería en modo alguno si no estuviese en ti, de quien, por quien y en quien son todas las cosas?» (Conf. I,2,2; Cfr. Natal, 2008, 528). El encuentro con Dios es clave para la orientación del ser humano. Se da un saber que toca la raíz del hombre, en el que se pone en acción el conocimiento, la afectividad, emociones, sentimientos, el amor, la voluntad, la contemplación y la acción, la teoría y la praxis, lo conocido, experimentado, amado y vivido. Se implica la persona con todas sus facultades en la que, de alguna forma, es experiencia vivida de Dios. Ahí hay un destape y un ejercicio de la inteligencia emocional que supone la toma de conciencia de lo que mueve al ser en lo más íntimo y le lleva a actuar a partir de «la capacidad de percibir, valorar, comprender y expresar afectos propios, percibir, comprender y valorar los ajenos y regular las emociones» (Domínguez, 2017, 158).

En último término, por quien aspira el ser humano en lo más profundo de su ser es por Dios: «¡Oh eterna Verdad, y verdadera Caridad, y amada Eternidad! Tú eres mi Dios; por ti suspiro día y noche, y cuando por vez primera te conocí, tú me tomaste para que viese que existía lo que había de ver y que aún no estaba en condiciones de ver. Y reverberaste la debilidad de mi vista, dirigiendo tus rayos con fuerza sobre mí; y me estremecí de amor y de horror. Y advertí que me hallaba lejos de ti en la región de la semejanza (Lc 15,13), como si oyera tu voz de lo alto» (Conf. VII,10,16).

### **3. Integración del hombre en el orden de amor de Dios libremente.**

El hombre tiene que estar integrado en el orden de amor que involucra la creación amorosa de Dios, por la que existe el mundo y la unión de los seres creados dentro de ese orden amoroso, nos dirá san Agustín:

«...para la universidad de tu creación, porque nada hay de fuera que irrumpa y corrompa el orden que tú le impusiste» (Conf. VII,13,19). Es un orden ontológico dentro del cual está el ser humano: «Evidentemente, este *ordo amoris* moral se fundamenta en un *ordo rerum* metafísico. Ya la creación es un 'cosmos', un algo ordenado, y en el amor se ha de respetar ese orden; mas por encima de ese orden está el creador del mismo, Dios. A él se debe posponer todo, y fuera de él hay que respetar los grados por él establecidos». (De Luis, 1984, p.786).

Después de ese primer momento, en el que la inquietud amorosa busca el sentido de la vida y se trasciende para encontrar el sentido total, se plantea la forma de actuar, la moralidad de la persona conforme al sentido que ha encontrado en Dios, a la espiritualidad que orienta su vida. Pero tiene la libertad para estar dentro de ese "Orden amoroso" moral correcta, según una jerarquía de la que viene una escala de valores, o actuar desordenadamente según su capricho. El ser humano tiene que saber elegir: «¿Y qué hemos de elegir para amarlo con predilección, sino lo mejor que hallemos? Eso es Dios. Si en nuestro amor le antepone algo o lo igualamos con Él, no sabemos amarnos a nosotros mismos. Porque tanto mejor nos ha de ir cuanto más nos acerquemos a aquel que es el mejor de todos. Y vamos hacia Él no con los pies, sino con el amor» (San Agustín. Carta 155,4,13; Tratado sobre 1Jn 10,6-7)

#### **4. ¿Quién le orienta en la elección? ¿Qué lugar tienen Dios y Jesucristo Amigo?**

Ese amor es un principio que afectará a todos los seres y se ubicará en lo más profundo de ellos, porque el amor de Dios toca a todo desde la creación. La creación, para san Agustín, está regida por el orden, el peso y la medida que conectan con la unidad, la verdad y la bondad de Dios. La naturaleza, el cielo, la tierra, los seres creados pregonan a gritos sobre su Creador: «Existen el cielo y la tierra, y proclaman que han sido creados, ... Tú eres, Señor, quien los hiciste» (Conf. XI, 4,6). La creación habla de Dios, pero, además, Dios habló con amor y se manifestó de forma especial como máximo signo de amor a nosotros, a través de su Palabra, el Dios Hijo, con la que hizo lo creado (Jn 3,16; 1,3). Ella es la que nos orienta para conocer el camino y llegar delante del Creador (Jn 1,3). Ella nos mueve a unirnos todos para entrar en el orden de Dios y encontrarnos con Él dentro y fuera de nosotros: «Es el mismo Verbo o Palabra tuya, que es también Principio, porque nos habla a nosotros mismos (Jn 8,25). Así habla por la carne en el Evangelio, y así habló exteriormente a los oídos de los hombres, para que fuese creído, y se le buscara dentro, y se le hallase en la Verdad eterna, en donde el Maestro bueno y único enseña a todos los discípulos (Mt 19,16; 23,89) ... ¿Y quién es el que nos enseña sino la Verdad que permanece? Porque hasta cuando somos amonestados por la criatura mudable, somos conducidos a la Verdad inmutable, donde verdaderamente aprendemos cuando estamos en su presencia y le oímos y nos gozamos con grande alegría por la voz del esposo (Jn 3,29), que nos devuelve a Aquel de quien venimos» (Conf. XI ,8,10. X ,27,38; Trat. Sobre 1Jn 1,12).

La creación es producto de la bondad y del amor de Dios - «He aquí a mi Dios Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo, creador de todas las cosas» (Conf. XIII, 5,6)- y para que esté dentro de esa bondad tiene que permanecer en el orden que Dios la puso, aunque siempre con la ayuda de Dios y de Jesucristo, su Palabra. Pero el hombre tiene libertad y puede desordenarse, aunque no quedará tranquilo hasta que no vuelva a ese orden que Dios le puso: «En efecto, de la plenitud de tu bondad subsiste tu criatura, a fin de que el bien, que a ti no te había de aprovechar nada ni, proviniendo de ti, había de ser igual a ti, sin embargo, porque podía ser hecho por ti, no faltase. ...si no fuesen llamadas por esta misma Palabra a tu unidad y formadas y hechas todas ellas por ti, Bien sumo, muy buenas? (Si 39,21; Gn 1,31) ..., O ¿qué pude merecer de ti la incoación de la criatura espiritual..., a no ser que la misma Palabra la hiciera retornar a Aquel que la hizo...?» (Conf. XIII, 2, 2-3).

## **II. Por el amor hay encuentro con Dios amor, con Cristo amigo (Jn 15,15) y correspondencia amorosa del hombre.**

Por la caridad me encuentro con Dios, porque Dios es amor (1Jn 4,8): «...si quieres ver a Dios. Dios es amor. ¿Qué rostro tiene el amor? ¿Qué forma, qué estatura, qué pies, qué manos tiene? Nadie lo puede decir. Y, sin embargo, tiene pies, pues son ellos los que conducen a la Iglesia; tiene manos, pues son ellas las que dan al pobre; tiene ojos, pues con ellos se mira por el necesitado..., el que tiene caridad, lo ve todo y a la vez con la inteligencia» (Trat. sobre 1Jn 7,10). Si el interior del hombre, en lo más profundo, le está hablando de Dios y de su amor y lo exterior en el cielo y en la tierra le hablan también de ese Dios amoroso, a la persona humana le toca corresponder con el amor debido: «Heriste mi corazón con tu palabra y te amé. Mas también el cielo y la tierra y todo cuanto en ellos se contiene he aquí que me dicen de todas partes que te ame; ni cesan de decírselo a todos, a fin de que no tengan excusa posible (Rom 1,20) ... Pero ¿Qué es lo que amo cuando te amo a Ti?... El hombre interior es quien ha conocido estas cosas con auxilio del hombre exterior. Yo, el interior, conocí estas cosas; yo, Yo—Alma, por medio del sentido de mi cuerpo. Interrogué, finalmente, a la mole del mundo acerca de mi Dios, y ella me respondió: «Yo solo soy simple hechura suya» (Conf. X, 6,8-9). Lo que le queda al ser humano es corresponder al Dios amor que ha descubierto con la caridad que es el amor que le conviene. Es un tesoro que no necesita gran fortuna pecuniaria para poseerlo, sino una decisión de la voluntad, siempre apoyado por la gracia de Dios: «...se alaba la caridad y comenzáis a gritar... En vuestra presencia se alaba la caridad; si os agrada, tenedla, poseedla; no tenéis necesidad de robarla a nadie, ni tenéis que pensar en comprarla: se ofrece gratuitamente. Retenedla, abrazadla; nada hay más dulce que ella. Si, cuando se la menciona, resulta dulce, ¿Cómo resultará cuando se la posea?» (Trat. sobre 1Jn 7, 10b).

### **1. ¿Cuál es el papel del hombre en este "Orden del amor"?**

El hombre es definido por el amor –“Mi amor es mi peso”-, por el tipo de amor, por dónde pone ese amor, pero, también, con quién comparte ese amor y qué tipo de ciudad elige para vivir, ya sea en la ciudad terrena, impregnada por el amor de concupiscencia o la ciudad de Dios, impregnada por la caridad. Afectados por el “Orden del amor” hay un Creador que pone ese Orden como norma orientadora para el universo creado, para las personas y las cosas. En la persona, el amor ordenado toca, en la parte interna del ser humano, lo cognoscitivo para que busque la verdad; lo afectivo para que juzgue correctamente y elija el bien; lo volitivo para que, motivado por lo cognoscitivo y afectivo, defina a la persona por la verdad y el bien. También el amor ordenado toca a la persona en lo externo social a través de las palabras y de las obras. Las palabras no reflejan solamente ideas sueltas, sino también las ideologías o los sistemas políticos, sociales, económicos, religiosos, filosóficos, ateos, agnósticos, subjetivistas, relativistas, nihilistas, transhumanistas radicales o interpretaciones relativistas, ideologizaciones, subjetivistas, fundamentalistas de la historia. La persona mediante la palabra expresa las ideas. Se trata de que esa palabra no sea mentirosa, no trate de engañar. También el amor ordenado debe tocar en las obras individuales de la persona y en el actuar social para que no haya hipocresía y haya coherencia con actuación correcta.

## **2. La caridad define a la persona virtuosa**

El tipo de amor más importante es la caridad. La caridad define al virtuoso. Es más, si se pregunta por la bondad de la persona, se mide por el amor de caridad que tiene. Cuanto mayor es la caridad, más bondadosa será la persona que la tiene: «Y vamos a tratar, finalmente, de la caridad, de la cual dijo el Apóstol que era mayor que estas dos, a saber, la fe y la esperanza, y cuanto mayor es en alguno, tanto mejor es aquel en quien se halla. Pues cuando se pregunta si algún hombre es bueno, no se inquiere qué cree o espera, sino qué ama. Porque quien rectamente ama, sin duda alguna rectamente también cree y espera; pero el que no ama, en vano cree, aunque sea verdad lo que cree; en vano espera, aunque sea cierto que lo que espera, pertenezca a la verdadera felicidad, a no ser que crea y espere también que el amor le puede ser concedido por la plegaria... Esta es, pues, la fe de Cristo, que encarece el Apóstol, que obra animada por la caridad (Gal 5,6); y lo que aún no ama, lo pide para recibirlo, lo busca para encontrarlo y llama para que se le abra (Mt 7,7). Porque la fe obtiene lo que la ley manda. Porque sin el don de Dios, esto es, sin el Espíritu Santo, por quien la caridad es derramada en nuestros corazones (Rom 5,5) ...; se enseñorea, pues, la concupiscencia carnal allí donde no hay caridad de Dios» (S. Agustín, Manual de fe, esperanza y caridad, XXXI, 117).

Insiste Agustín sobre el criterio para juzgar sobre la bondad de una persona o de nosotros mismos. El actuar de la persona dependerá de la bondad del amor. Serán buenas o malas las costumbres según sean buenos o malos los amores. La moral estará marcada a partir de la escala de valores desde Dios: «Verdad es que también en esta vida la virtud no es otra cosa que amar aquello que se debe amar. Elegirlo es prudencia; no separarse de ello a pesar de las molestias es fortaleza; a pesar de los incentivos, es templanza; a pesar de la soberbia, es justicia. ¿Y qué hemos de elegir para amarlo con predilección, sino lo mejor que hallemos? Eso es Dios. Si en nuestro amor le antepone algo o lo igualamos con Él, no sabemos amarnos a nosotros mismos. Porque tanto mejor nos ha de ir cuanto más nos acerquemos a aquel que es el mejor de todos. Y vamos hacia Él no con los pies, sino con el amor. Tanto más presente le tenemos cuanto más puro sea el amor con que a Él tendemos. No se extiende o queda incluido en espacios locales, ni se puede ir con los pies, sino con las costumbres, a aquel que en todas partes está presente en su totalidad. Nuestras costumbres suelen juzgarse no según lo que cada uno sabe, sino según lo que cada uno ama. Y son los buenos y los malos amores los que hacen buenas o malas las costumbres. Por nuestra maldad estamos lejos de la rectitud de Dios; amando lo recto nos rectificamos, para poder adherirnos a lo recto, siendo rectos» (Carta 155, 4,13).

## **3. La rectitud de los actos se calibra por la caridad**

La rectitud de nuestros actos se mide por el amor a Dios y a los demás por Dios. Son los criterios desde la caridad: «Tratemos, pues, con todas nuestras fuerzas de que lleguen también a Él aquellos a los que amamos como a nosotros mismos (Mt 22,40.37.39; Mc 12,30.31; Lc 10,27); amando a Dios sabemos ya amarnos a nosotros mismos. Porque Cristo, es decir, la Verdad, dice que toda la ley y los profetas se condensan en dos preceptos: amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente, y amar al prójimo como a nosotros mismos. En este lugar hemos de entender próximo o prójimo, no al allegado por los lazos de la sangre, sino por la comunidad de la razón en la que vivimos asociados todos los hombres» (Carta 155, 4,14). El amor ordenado lleva a la vida plena y el desordenado a la muerte apartándonos de nuestro fin en Dios pues «nos hiciste para ti» (Conf. I,1,1). Por eso decíamos que cada uno es como es el amor que tiene (Cfr. Div. Cuestiones, 83,35). De ahí, viene la sabiduría para seleccionar los amores. No se trata, por tanto, de no amar sino de saber amar lo que hay que amar y cómo hay que amarlo: «Vive justa y santamente el que estime en su justo valor todas las cosas, es decir,

el que tenga el amor ordenado de suerte que ni ame lo que no deba amarse, ni deje de amar lo que debe ser amado, ni ame más lo que se debe amar menos, ni ame con igualdad lo que exige más o menos amor, ni ame, por fin, menos o más lo que por igual debe amarse» (De Doct. Crist. I,27,28). Especifica más san Agustín con los ejemplos que añade a continuación, incidiendo en el amor de caridad como el adecuado: «Ningún pecador debe ser amado en cuanto es pecador. A todo hombre, en cuanto hombre, se le debe amar por Dios y a Dios por sí mismo. Y como Dios debe ser amado más que todos los hombres, cada uno debe amar a Dios más que a sí mismo. También se debe amar a otro hombre más que a nuestro cuerpo; porque todas las cosas se han de amar por Dios y el hombre extraño a nosotros puede gozar de Dios con nosotros, lo que no es capaz nuestro cuerpo que vive del alma con la que gozaremos de Dios» (La doctrina cristiana I,27,28).

### **III. Organización virtuosa del amor a través de la caridad con escala de valores.**

#### **1. La caridad como ascética de la espiritualidad cristiana**

Si tengo la caridad, lo tengo todo. San Agustín le ha dado muchas vueltas al principio del sentido de la vida cristiana, de la vida del cristiano, de la espiritualidad experiencial como idea madre de la vida del cristiano, pero siempre acaba en la caridad como respuesta amorosa a Dios y a los demás por Dios a través de Jesucristo Amigo, movidos por el Espíritu Santo –apoyado en Rom 5,5- dador de ese amor de Dios; supone amar a Dios y al prójimo por Dios, como vemos en el Tratado sobre la primera carta de Juan. (Cfr. De Luis, 2013, 19). La caridad es la que da orientación y sentido a la vida del cristiano, se refuerza con el Mandamiento Antiguo, matizado por el Nuevo de Cristo. De ahí viene la respuesta virtuosa de amor del cristiano por vivir el seguimiento de Cristo en serio. Inclusive, de ahí parte la vivencia del carisma agustiniano entendida por los monjes como caridad vivida fraternal y amigablemente en comunidad. Así está reseñado en el inicio de la regla monacal agustiniana (Regla, 1-3). El proceso que intentamos en el “Ordo amoris”, se enmarca en estos tres momentos que estamos desarrollando. Partimos de una concepción de la caridad como realidad teológica que se refiere al amor de Dios derramado por el Espíritu Santo en nosotros, que da sentido a la vida del cristiano, orienta su espiritualidad experiencial y le mueve a corresponder a Dios con amor a Él y al prójimo por Él. De ese encuentro con Dios viene un segundo momento en el que se conoce a ese Dios Amor en la Trinidad, especialmente, a través de Jesucristo y sus mandamientos. El tercer momento está en la respuesta amorosa del cristiano, movido ya hacia la virtud por el amor de caridad.

En la caridad tiene el fundamento la moral y la ascética experiencial virtuosa del cristiano. Practicando la caridad, vendrá por añadidura, la organización para vivir las virtudes teologales, las virtudes cardinales, morales, ejercitar los dones y, también, vendrá la organización de la escala de valores.

Esa escala de valores del cristiano parte de Dios amoroso y Cristo amigo en el primer peldaño de la escala y de ahí organizará su vida clarificando las motivaciones, las intenciones -a las que san Agustín le da la máxima importancia- y dando preferencia a lo que aumenta el amor a Dios y al prójimo por Dios, a la vez que trata de quitar lo vicioso que araña y reduce el amor, la caridad: «Garantía de salvación es tener la raíz de la caridad» (Trat. sobre 1Jn 2,9; 5,8). Añade Agustín: «La bondad de las acciones de los hombres solo se discierne examinado si proceden de la raíz de la caridad... de dicha raíz no puede brotar sino el bien» (Id. 7,8) La meta del progreso del cristiano es la caridad. Estamos en camino y no podemos quedarnos parados. El mandamiento antiguo (Mt 22,36-40) y nuevo (Jn 13,34) son la meta del

cristiano: «Amas a Dios, amas al conjunto de los hermanos, amas la ley de Dios, amas a la iglesia de Dios. La caridad será eterna... ¿Quién puede quitarte lo que amas?» (Trat. sobre 1Jn 10,6). De aquí viene una conclusión muy significativa que toca en lo más profundo a la virtud del cristiano. Es el principio ascético más importante y que es imprescindible para que haya virtud. Es la regla de la caridad. Si amas de verdad con amor de caridad es imposible que no hagas el bien: «Ama; es imposible que no hagas el bien... La regla de la caridad...» (Trat. sobre 1Jn 10,7). «La caridad no es lánguida e inactiva es dinámica, trabajadora, provocadora, corrige y rectifica» (Cfr. Trat. sobre 1Jn 7,11).

## **2. La práctica de la caridad está sobre todo sistema ascético.**

La espiritualidad agustiniana tiene un sentido dinámico. San Agustín habla de siete grados en el tiempo próximo a su conversión, influenciado por la tradición filosófica. Pero pronto avanza y propone otro esquema basado en siete edades espirituales a partir del Génesis. No se queda aquí y sigue la ruta ya más adelante: propone otro esquema con siete grados como camino espiritual e integra los dones del Espíritu Santo a las bienaventuranzas. Habla de la octava bienaventuranza como la que expresa la perfección de todos los grados. (Cfr. Cipriani, 2013, 323-443) Supone esta ruta el seguimiento de Cristo amorosamente, activados por el amor del Espíritu Santo (Rom 5,5), integrados en su comunidad como concretización de la Iglesia -no solo individual y privadamente-, y con el compromiso personal de la práctica individual y social de la caridad para hacer real el amor de Dios: «Proponer el ideal del hombre espiritual, es proponer el ideal de un hombre que no vive más para sí mismo, sino que vive para Dios y para los otros. Por este motivo el camino espiritual se presenta como un camino de purificación o de curación del corazón, en el cual nos esforzamos en hacer disminuir cada vez más en sí la *cupíditas*, es decir, el amor egoísta que divide, con el que todos nacen, para crecer en la caridad que es el vínculo de la unidad» (Cipriani, 2013, 344).

La ascesis entendida adecuadamente y bien aplicada es imprescindible para la madurez humana y el progreso en la vida cristiana (Cfr. Martínez, 2018, 106). Toca ordenar los amores por la caridad, ya que el medio ascético más adecuado para controlar y ordenar los amores es el amor de caridad. Si se ama a Dios y al prójimo por Dios, con la ayuda de Cristo y teniéndole a Él como modelo a seguir, se buscará practicar las virtudes desde la caridad y, a al mismo tiempo, evitar los vicios. No se trata solamente de evitar los pecados mortales sino de vivir el seguimiento de Cristo con amor, integrado en la Iglesia y practicar la caridad individual y socialmente.

El cultivo experiencial y real de la caridad en todas las dimensiones nos llevará al orden de los amores y no se necesitarán otros sistemas ascéticos tal como nos lo expresa sin reparo un agustinólogo de la talla del agustino Lope Cilleruelo: «Si hemos logrado establecer firmemente el principio de la caridad, pensamos que todo lo demás se nos dará por añadidura» (1966, 68). Esa caridad como amor a Dios y al prójimo por Dios es la que está detrás moviendo la ordenación de los amores; es la dinámica, el motor esencial. Si amamos a Dios de verdad, nos preocuparemos de amor al prójimo y ordenar los amores: «..., 'obedecer al Santo Amor', me parece una clave estupenda para expresar un sistema agustiniano, que sería largo y difícil de exponer. Todo está encerrado en eso ¿Pero sería tan difícil reducir la vida espiritual a esta simple consigna, 'obedecer al Santo Amor'? La verdad es que no tomamos el amor de Dios muy en serio. Pero, si lo tomásemos, no sería difícil lograr que la misma caridad sea el camino de purificación, de iluminación y de unión: caridad incipiente, caridad formada, caridad perfecta...» (Cilleruelo, 1966, 72).

### **3. Escala de valores**

Todo el sistema ascético está sintetizado con la práctica experiencial de la caridad, ejercitando las actitudes en la dimensión individual y en la dimensión social. Es el trabajo de valores a través de actitudes. A nivel pedagógico, se clarifican los valores humanos y cristianos, y se busca la respuesta amorosa, a través del trabajo de las actitudes de cada persona y del grupo, para que correspondan a los respectivos valores. Por valores, como una definición práctica pedagógica sicosocial, entendemos ideales correctos y sólidos que están en frente de nosotros, se convierten en modelos que provocan la conducta de la persona o del grupo y dan el sentido último de su existencia. Las actitudes serían las respuestas de cada persona o del grupo a los valores que están en frente, o sea, asume activamente la persona en ella o el grupo, a través de la actitud, el valor propuesto. (Cfr. Alonso Román, 2011, 11-35; Martínez, 2018, 102-106). Se organiza la escala de valores desde Dios como Padre amoroso y Cristo Amigo, puestos como escalón y valor primero. Se constituyen en principio primero que da sentido total a la vida y de desde allí se descendiendo en escala de prioridades. El trabajo ascético está en responder amorosamente con las actitudes de la persona individualmente, y a través de la Comunidad de Fe, teniendo en cuenta también el comportamiento social, con el que busca el bien común -especialmente con los marginados y excluidos-, en lo político, lo colectivo, lo religioso, en la propia comunidad, en la parroquia, en la Iglesia.

### **4. Conclusión**

Para cada uno de nosotros y para la acción pastoral nos queda el desafío y la provocación para vivir y hacer real y eficaz el amor de Dios, individualmente y a través de la comunidad, en medio de la humanidad, en la historia concreta, como correspondencia a los “signos de los tiempos” de hoy.

San Agustín puede ser nuestro inspirador. Simplemente, teniendo en cuenta el proceso de conversión que nos presenta en su libro de las Confesiones y la respuesta de caridad que desarrolla en el Tratado sobre la primera carta de san Juan, nos valdrían como pistas de ruta para el seguimiento de Cristo hoy, vivirlo cada uno personalmente en lo cognoscitivo, afectivo y volitivo y, a la vez, manifestarlo a través de las palabras y las obras, no en forma platónica, sino real, visible y palpable.

Los medios para mantenernos en el seguimiento de Cristo, el sistema ascético de prácticas más adecuado y de ojos escrutadores para distinguir los gritos de Dios hoy –los signos de los tiempos- sería el “Ordo amoris”, activado por la caridad verdadera, visible y palpable, de tal manera que cuanto más caridad, mejor corresponderemos amorosamente a Dios y a nuestros prójimos y a nuestro mundo ecológico por Dios, porque si tengo la caridad, lo tengo todo.

## Bibliografía

- Agustín, San. (1987) Cartas. (2º) 124-187. Obras Completas XIa. Madrid: BAC.
- (2007). *Confesiones*. Madrid: San Pablo.
- (1958). *De Doctrina Cristiana*. Obras Completas XV. Madrid: BAC.
- (1958). *Exposición de la carta a los partos*. Obras Completas XVIII. Madrid: BAC.
- (1995). *Ochenta y tres cuestiones diversas*. Obras Completas XL. Madrid: BAC.
- (1995). *Regla*. Obras Completas XL. Madrid: BAC.
- (1984). *Sermones*. Obras Completas XXV. Madrid: BAC.
- Alonso Román, E. (2011). *Valores y actitudes. Fichas del alumno. Guía del profesor*. Lima: G y G Impresores.
- Antolín Sánchez, J. (2017). ¿Justifica la experiencia religiosa la creencia en Dios? *Estudio Agustiniano*. 52 (1-3). 353-398.
- Berzosa, M. (2018). Jóvenes, fe y acompañamiento vocacional: Retos y propuestas evangelizadoras ante un nuevo sínodo. En E. Somavilla (Presidencia), *Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional*. 259-302. XX Jornadas Agustinianas. Centro Teológico San Agustín, Madrid.
- Cilleruelo, L. (1966). El amor de Dios, dechado del amor al prójimo. *Revista Agustiniana de Espiritualidad*. VII (22).
- Cipriani, N. (2013). *Muchos y uno solo en Cristo. La espiritualidad de Agustín*. Guadarrama (Madrid): Editorial Agustiniana.
- Domínguez, X.M. (2017). *El arte de acompañar*. Madrid: PPC.
- García, J.M. (2015). *Manual de Teología Espiritual. Epistemología e interdisciplinaridad*. Salamanca: Sígueme.
- Gonzales Carbajal, L. (2017). *Luces y sombras de la cultura actual*. Santander: Sal Terrae.
- Luis Vizcaíno, P. De. (2013). *Teología espiritual de la Regla de san Agustín*. Madrid-Valladolid: Ciudad Nueva- Estudio Agustiniano.
- Martínez Oliveras, C.A. (2018). Vocación: un tesoro en vasijas de barro. En E. Somavilla (Presidencia), *Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional*. 147-169. XX Jornadas Agustinianas. Centro Teológico San Agustín, Madrid.
- Martínez, J.L. (2018). Nueva conciencia y nuevas prácticas en la vida religiosa. Aporte desde la Psicología Analítica. En E. Somavilla (Presidencia), *Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional*. 79-107. XX Jornadas Agustinianas. Centro Teológico San Agustín, Madrid.
- Natal, D. (2008). El ordo amoris en san Agustín. *Revista Agustiniana de espiritualidad*. 40 (149) 527-551.
- Niño, A. (2016). *Ejercicios espirituales con san Agustín*. Madrid: San Pablo.
- Rojano, J. (2014). *Cultura actual y pastoral juvenil*. Madrid: CCS.
- Ruiz Campos, M. (2017). Antropología y evangelización. El reto de las "Nuevas antropologías". *Teología Espiritual*. 77-96.
- Torres, C. (2018). La antropología cristiana frente al relativismo imperante. En E. Somavilla (Presidencia), *Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional*. 211-258. XX Jornadas Agustinianas. Centro Teológico San Agustín, Madrid.